

DE LA OREJA DEL PSICOLOGO A LA MANO DEL KINESIOLOGO... O LA HISTORIA DE UNA QUEJA DE LOS PIES A LA CABEZA

por Alex Droppelmann Petrinovic.

GABRIELA es una paciente de 47 años que hace dos años y medio me fue derivada en el Hospital Salvador de Santiago por una posible Bulimia y el temor concomitante dado que Gabriela padece Diabetes. La Bulimia no pasaba de ser uno de entre múltiples síntomas que Gabriela empezó a traer sistemáticamente a la consulta, al modo de una queja que apela a distintos órganos que a su vez remitían a distintos lugares del cuerpo. Al decir de Gabriela, “ ella no era sino una queja viva...”

Recorte de un discurso que enhebra con la referencia a una historia familiar, que habla de una madre que se empeñó en abortarla antes del alumbramiento ideando maniobras como la de, “ subir escaleras con un baúl auestas a fin de abortarme y de ese modo no tenerme”. Aborto que aborta en un alumbramiento dónde la madre rechaza a Gabriela y la regala a una “Co – Madre”(valga aquí doblemente el término) a la que Gabriela se refiere hoy como su madre. Junto con regalarla, la Madre enuncia con el pasar del tiempo y la llegada de otros hijos, que Gabriela murió. Sus hermanos y algunos parientes crecen con ese decir, a pesar que algunos gestos y reconocimientos de la Madre hacia Gabriela podrían desde la realidad desdecirlo. (Entrega de regalos para Navidad, algunas visitas a la casa de la comadre, juguetes y ropas compradas para ella de modo que tuviera lo mejor, etc.).

Historia entonces signada por desconoci – mientos y reconoci – mientos, dónde la mentira acerca de una muerte no acaecida en lo real retorna en el discurso familiar, sustentada en el dicho de una Madre que la impone como la verdad de una historia imposible de desmentir por un padre muerto.

Gabriela crece en el borde de la contradicción de una historia dónde en vez de, “vivita y coleando”, se le asigna el lugar de, “muertita y coleando”, esto es, el lugar de sostén de una paradoja en cierto modo vital: la del lugar de un muerto vivo.

No es el lugar del padecer de la queja sublime de la, “muerta en vida”, como se deja leer en otras historias de connotadas históricas, no, aquí no hay nada de eso que pudiera remitir a una historia, ya que aquí, en el origen, se instala la muerte en un intento de obscurecer un obstinado alumbramiento.

Así Gabriela impone al menos un grito y un nombre en medio de la muerte que la signa en el mundo radicalmente ausente. Des – asujetada adviene en un grito que le gana en cierto modo a la muerte, la que como cruel alarife traza los bordes de un lugar imposible : el lugar de los muertos vivos.

Escenario dónde el borde externo de la muerte y la Nada a la que alude, retorna en el pliegue del **(H)Ay** de una queja que remite a una cierta vida posible, allí, en el mismo lugar de la muerte . Un modo de constituirse en un lugar donde allí, **No (H)ay Nada**.

Sutil filigrana que soportará la trama de doble revés que orilla un discurso que oscila entre la queja de la negación de un **No ()ay,; Nada** y en ello despliega un discurso que enhebra un origen para un sujeto posible, y un grito que se ahoga en una afirmación : **No (H)ay Nada**, como la certificación de la ausencia de un origen para un sujeto imposible.

Doble puntuación en el tejido de punto y revés del discurso con el cuál Gabriela inaugura su entrada en las primeras entrevistas del Hospital.

Previamente, y con la vida en un **Ay**, Gabriela inicia un largo peregrinar hospitalario que le permite circular por entre los distintos servicios de distintas especialidades que le permitan intentar constituir el **(H)Ay** de la negación (por ello de la diferencia), devuelto desde un saber médico que en el señalamiento de una verdad acerca de lo que Hay y no

Hay ahoga toda pregunta y la confirma en vida desconfirmándola como sujeto.

Gabriela deambula como muerta viva en las vicisitudes de estas certezas, mudando de mal en mal sin instituir la queja de un padecimiento, ya que la auscultación de la medicina devuelve un cuerpo que duele y tiene, pero nada sostiene del orden de la queja de una cierta subjetividad.

Circuito que recorre Gabriela en vano desde los pies a la cabeza, dónde fallidamente intenta hacer hueco en lo real por la vía de lo simbólico. Sólo úlceras, órganos que supuran pestilencias, pié perforado, miomas, endurecimientos, supuración y sangramientos por todos los orificios del cuerpo, pus en los ojos, herpes en el labio, y la diabetes que se encarga de hacer del circuito algo siempre presente, una cierta viscosidad de dulce y agraz a la cual se encuentra sometida, que le recuerda que su cuerpo sin duda alguna es capaz de sostener al menos algo: una enfermedad crónica, luego permanente.

Los médicos diagnostican, someten por momentos el mal, la declaran enferma y la confirman como cuerpo objeto de la ciencia. Le dicen lo que Hay y no Hay. Así Gabriela se mal sostiene en el grito del **(H)Ay** que la significa como un cuerpo enfermo, doliente y de ese modo vivo en el dolor. El dolor es algo que sin duda alguna la sitúa más acá y más allá de la muerte.

En estos transcurros se convierte en uno de aquellos pacientes emblemáticos del Hospital. Se salva de este modo por momentos de la muerte en las certezas que una a una se desvanecen, ya sea por la eficacia de los tratamientos, ya sea por la ausencia de dolor o por la supresión de los síntomas.

En los giros de estos circuitos una queja se establece, algo del orden de la causalidad se escabulle, algo se esconde en el dolor que hace de este un cierto enigma a la ciencia. Algo se escapa a la verdad del saber de los médicos y termina en una deriva hacia el lugar dónde se atiende al discurso que el cuerpo del **(H)Ay** no silencia.

La Psiquiatría empieza allí dónde la medicina fracasa.

Se reinicia así un circuito de quejas dónde el **(H)Ay** del cuerpo permite en el reverso de la trama de lo auscultado que algo se deslice a, “Flor de piel”, del orden de un padecimiento, esto es, del orden de una queja sostenida en la palabra de un cierto sujeto. La otra cara del **(H)Ay**.

Gabriela inaugura sus entrevistas previa al análisis con un, **(H)Ay**, que hace circular en una queja que al poco tiempo establece algo del orden de un cierto recorrido, una cierta secuencia dónde cada lugar del cuerpo que la tiene en un **Ay** , incorpora en cierto modo los paréntesis simbólicos de una cierta detención, puntuación o cadencia, que da lugar a un cierto intersticio que hace del cuerpo un lugar de borde.

A, “Flor de piel”, en la filigrana de un borde sutil, se despliega en la queja del dolor del cuerpo un cierto padecimiento soportado por un sujeto posible.

En los recodos del circuito que se repite sistemáticamente en las sesiones, desde los pies a la cabeza y de la cabeza a los pies, se desliza un discurso significante que apela a un cierto intervalo entre S1 y S2 que da cuenta de una cierta significación.

A la cadena inscrita como S1 – S1 – S1 advienen los paréntesis de lo simbólico recuperando el lu –

a

gar del objeto (a) como parte de un intervalo que no lo escinde de la cadena (S1) – a – (S1) – a – (S1). De este modo el cuerpo en tanto borde significante permite el despliegue de un cierto padecimiento subjetivo que desliza fragmentos de un sujeto posible que apela a la historia (al decir de Hamlet), : de uno y alguien.

El cuerpo como borde en los giros de su revés, por momentos permite en el análisis hacer del **Ay** un **(H)ay** que se desprende del **No (H)Ay Nada**, significante del lugar dónde la Madre pone a Gabriela en el origen.

Algo de la metáfora paterna adviene a ocupar bajo el deseo de la madre el lugar de una x (DM/X) que ya no como un término obscuro que opaca todo alumbramiento, al modo como la madre situaría allí su fantasma (DM/a).

Durante dos años y medio Gabriela despliega un cierto padecimiento que en tanto discurso le permite hacer(se) una historia, dónde aparecen retazos de un tenue reconocimiento de una madre que al decir de terceros, “se le parecía como una gota de agua”, o en el hecho de repetir la génesis de ciertas enfermedades como, “una llaga ulcerosa, un pié con mal – perforante”, o la clonación de ciertos rasgos físicos, “ dicen que tenía el mismo tamaño mío, incluso la voz y los ojos”.

Reconstituye filiaciones con hermanos que tuvieron que vivir como si ella hubiese muerto para evitar los castigos de una Madre que al morir, la llama en un gesto que Gabriela recibe como reconocimiento : “Cerca de morir empezó a nombrarme”.

Gabriela transitó ese borde durante estos años, tejiendo una trama de punto y revés, entre la queja del dolor ausente de paréntesis, (anclada en lo real del cuerpo), y la queja del padecimiento, (a nivel del cuerpo como significante).

Llegó, incluso al decir de Lacan : “ .. a hacer cosas que llaman normales”.

Pero Gabriela dónde padece desea y dónde sufre, (duele), seguramente goza.

Probablemente en las Gabrielas transitan las Doras, o talvez se favoreció el sostén a la demanda, al inhibir el corte en la reconstitución de un historia que olvida la realitas de la res, (que al decir de los romanos remite a lo concerniente). Una resistencia por parte del analista quizás, que impide el giro del punto y revés.

De pronto sólo **AY** revés...

De ese modo, en un discurso de una sola vuelta, ya mero punto que no puntada, algo del orden del significante se solidifica, se congela en el repliegue del discurso de Gabriela. El S1 holofraseado permea la cadena congelada de un discurso que no sostiene la cadencia de los paréntesis de lo simbólico, y exilia al objeto (a), el que encarna en lo real del cuerpo.

Holofrase tomada aquí al modo de los **Ay** , y los **(H)Ay**, en el sentido que Lacan hacia referencia a los Fidjianos, los cuales pronuncian frases que no son propias de su lenguaje pero al mismo tiempo no son reductibles a Nada.

“ Se trata por el contrario, de algo donde lo que es del registro de la composición simbólica es definido en el límite, en la periferia”. (Seminario 1, clase 18.El orden simbólico).

Así el cuerpo que grita, el cuerpo del dolor, holofrasea el cuerpo significante en la letanía de un **Ay** que presentifica el lugar de la muerte en el grito insuficiente de la vida.

Gabriela habita de este modo el revés de la vida , la morada oscura del grito que se impone por sobre la palabra : el lugar de los muertos vivos.

Ni vida ,ni muerte, es el pliegue que no pliega y aborta de ese modo el verdadero **No (H)Ay : Nada**, que alude y le concierne al hombre como mortal, como sujeto de muerte. Habría que recordar con Heidegger, “que sólo el hombre muere...que el hombre, (sólo por la palabra habita el hombre el mundo), no acaba...muere”; que, “la muerte en tanto cofre de la Nada alberga dentro de sí lo esenciante del ser”.

Gabriela repite sesión a sesión el **Ay** del cuerpo que duele y no se conduce, repasa el circuito de los pies a la cabeza y de la cabeza a los pies, en lo real del cuerpo. Nada se desliza en el clamor de un **Ay** que anuda vida y muerte en el mero presente. Presentificación dónde se holofrasea lo lejano y lo cercano, haciendo imperar de ese modo la falta de separación.

Gabriela quiere llevar esto “hasta la médula”, ya que, “el dolor alcanza a todos los huesos”. En esto de ir al “hueso”, de palabras **No AY Nada** susceptible de ser ofrecido a la escucha. De cuerpo muy poco, de cuerpo de palabras casi nada, de “huesos”, (de eso se trata ahora), algo así como un cuerpo des – carnado , tampoco un cadáver, mas bien, : el cuerpo de un muerto vivo.

Un muerto vivo es un viviente sin nombre a la vez que un muerto sin epitafio.

Refiere finalmente, que faltará un tiempo al Psicólogo porque se hará atender por un Kinesiólogo, para que este, “recorra hueso a hueso el cuerpo entero ...porque este último tiempo sólo vivo en un **Ay**”.

Gabriela y el (**)Ay** de su queja teje entonces su tela, de pies a cabeza, en la trama de sólo revés, en la mano del Kinesiólogo que la esculpe y la confirma en el **Ay** del dolor.

Cabe recordar lo fútil del intento ya que aún las más sublimes esculturas adolecen de lo que Miguel Angel en vano quiso dotar a su David : la palabra. Con suerte en este caso se escuche quizás un grito, un **Ay**, de seguro gozoso en su dolor.

En Gabriela la cura por la mano reemplaza a la cura por la palabra.

La Paleontología de la Kinesiología se impone por sobre la Palabrería de la Psicología. De cualquier modo el recorrido de la mano del Kinesiólogo va , “directamente al hueso”, marcando un lugar dónde lo que se toca del cuerpo, lo es, “ a ciencia cierta”. La consigna es ,”hueso con hueso”, que ya no ,”piel con piel”, ya que en esta última algo del orden de la ambigüedad del deseo se desliza.

Gabriela saca sus cuentas en haberes y saldos, triunfa el “haber”, aunque con ello nada salda respecto a simbolizar algo del goce en su relación con el falo. La solidez del hueso “solidifica”, holofrasea la operación significante.

Es cierto, (aunque quizás no verdadero) que de “haber”, Ay, () Ay ¿o? (H)Ay. Todo “habrá” de “ser”, según como venga “realmente” la mano o se ausente “simbólicamente” de “boca” del analista.

Gabriela verifica así, de “mano” del kinesiólogo, operaciones en el cuerpo que congelan todo posible desplazamiento y acallan de ese modo la operación fálica.

La queja de Gabriela se desplaza de este modo desde la oreja del **(H)Ay** del Psicólogo, a la mano del **Ay** del Kinesiólogo.

Al fin y al cabo, más vale una **Ay** en la mano que cien **(H)Ay** volando.

...**(H)ay** que ver con los **Ay** de Gabriela.